

1

El juego de los peregrinos

— *U*na Navidad sin regalos no es Navidad —re-
funfuñó Jo, estirada en la alfombra.
— ¡Es tan horroroso ser pobre! —suspiró
Meg, contemplando su viejo vestido.

— Me parece injusto que algunas chicas tengan tantas cosas bonitas y otras no tengamos nada —añadió la pequeña Amy, con un resoplido de indignación.

— Pero tenemos a papá y a mamá, y nos tenemos las unas a las otras —dijo Beth, satisfecha, desde su rincón.

Las cuatro caritas en las que se reflejaba el fuego de la chimenea se iluminaron al escuchar aquellas palabras alegres, pero volvieron a ensombrecerse cuando Jo dijo, en tono de tristeza:

— No tenemos a papá y no lo tendremos durante mucho tiempo.

No se atrevió a decir «quizá nunca más», pero cada una de ellas lo añadió mentalmente mientras pensaban en que su padre estaba muy lejos, allí donde se libraba la guerra.

Guardaron silencio durante un minuto, hasta que Meg dijo con voz turbada:

—Ya sabéis que si mamá propuso que este año no nos hiciéramos regalos en Navidad fue porque va a ser un invierno muy duro para todo el mundo: cree que no deberíamos gastar dinero en caprichos cuando nuestros soldados sufren tanto en la guerra. No podemos ayudarlos mucho, pero sí podemos hacer pequeños sacrificios y tendríamos que hacerlos con alegría. Pero yo no me siento así.

Movió la cabeza de un lado a otro mientras pensaba con tristeza en todas las cosas bonitas que deseaba.

—Yo no creo que lo poco que podemos gastar sirva de gran cosa. Tenemos un dólar cada una: aunque lo diéramos, poco podría hacer el ejército con eso. Me parece bien no esperar nada de mamá ni de vosotras, pero yo quiero comprarme *On-dina* y *Sintram*;¹ hace tanto tiempo que quiero leerlo... —se lamentó Jo, que era una ávida lectora.

—Yo quería gastarme el mío en alguna partitura nueva —dijo Beth con un suspiro tan discreto que nadie, excepto el cepillo de la chimenea y la tetera, la oyó.

—Yo me compraré una bonita caja de lápices de dibujo Faber, que me hacen mucha falta —afirmó Amy en tono decidido.

—Mamá no dijo nada de nuestro dinero ni tampoco querrá

1. Dos relatos del novelista y poeta alemán Friedrich de la Motte-Fouqué (1777-1843) protagonizados, respectivamente, por un espíritu del agua y un caballero. (*Todas las notas son de la traductora.*)

que renunciemos a todo. Que cada una se compre lo que quiera y disfrute un poco. Trabajamos mucho y nos lo hemos ganado —exclamó Jo mientras se contemplaba los tacones de las botas como suelen hacer los hombres.

—Yo sí que me lo he ganado... Me paso casi todo el día enseñando a esos niños tan malos, cuando lo que querría es estar en casa disfrutando —empezó a decir Meg, de nuevo en tono de protesta.

—Tú no lo pasas ni la mitad de mal que yo —intervino Jo—. ¿Te gustaría estar horas con una anciana histérica y crítica que te tiene todo el día corriendo de un lado para otro, nunca está contenta y te pincha hasta que te entran ganas de saltar por la ventana o darle un bofetón?

—No me gusta quejarme, pero... creo que lavar los platos y tener la casa limpia es el peor trabajo del mundo. Me pone de mal humor y las manos se me quedan tan resacas que luego ni siquiera puedo tocar. —Beth se miró las manos ásperas con un suspiro que esta vez sí oyeron las demás.

—A mí me parece que ninguna de vosotras sufre tanto como yo —se lamentó Amy—, porque no tenéis que ir al colegio con todas esas niñas impertinentes, que se burlan de mí cuando no me sé la lección, se ríen de mis vestidos, critican mi nariz y columpian a papá porque no es rico.

—Yo no diría que «columpian» a papá, a no ser que sea un niño pequeño. Querrás decir «calumnian» —la corrigió Jo entre risas.

—Yo sé lo que me digo, no hace falta que te pongas *saltírica*. Intento usar palabras nuevas para ampliar mi *vocabulario* —repuso Amy con dignidad.

—No os peleéis, niñas. ¿No te gustaría tener el dinero que papá perdió cuando éramos pequeñas, Jo? Ay, señor, qué bien estaríamos y qué felices seríamos si no tuviéramos tantas preocupaciones —dijo Meg, que recordaba tiempos mejores.

—El otro día dijiste que creías que éramos más felices que los hijos de los King, porque se pasan el día peleando y discutiendo por mucho dinero que tengan.

—Sí, Beth, lo dije. Bueno, supongo que lo somos, porque, aunque tengamos que trabajar, también nos divertimos y somos una panda muy alegre, como diría Jo.

—A Jo le gusta usar expresiones muy vulgares —observó Amy mientras censuraba con la mirada a la figura tendida en la alfombra.

Jo se sentó de inmediato, se metió las manos en los bolsillos del delantal y se puso a silbar.

—No hagas eso, Jo, que pareces un chico.

—Por eso lo hago.

—Detesto a las chicas toscas y poco femeninas.

—Y yo no soporto a las niñas sosas y remilgadas.

—Haya paz, hermanas —canturreó Beth, siempre conciliadora, con una expresión tan graciosa que las dos voces airadas se convirtieron en risas y, por esa vez, la discusión no fue a más.

—La verdad, niñas, es que cada una tiene lo suyo —inter-

vino Meg, dispuesta a sermonearlas con su tono de hermana mayor—. Josephine, tú ya tienes edad para dejar esas tonterías de chico y comportarte un poco mejor. Cuando eras pequeña no importaba tanto, pero ahora que ya eres tan alta y te recoges el pelo, no debes olvidar que eres una señorita.

—¡No lo soy! Y si recogerme el pelo me convierte en una señorita, ¡llevaré trenzas hasta que cumpla veinte! —exclamó Jo, mientras se arrancaba la redcilla y se soltaba la melena castaña—. No soporto pensar que me hago mayor y tengo que convertirme en la señorita March, ponerme vestidos largos y ser delicada como una florecilla. Ya es bastante malo ser una chica, cuando me gustan los juegos y los trabajos de los chicos, y su forma de comportarse. No soporto la decepción de haber nacido chica y ahora menos que nunca, porque me muero de ganas de ir a luchar con papá, pero lo único que puedo hacer es quedarme en casa y hacer mis labores como una vieja quisquillosa.

Jo sacudió el calcetín militar de color azul hasta que las agujas empezaron a entrechocar como castañuelas y el ovillo de lana rodó por la habitación.

—¡Pobre Jo, es una lástima! Pero no se puede hacer nada, así que tendrás que conformarte con usar un nombre que parezca de chico y jugar a ser nuestro hermano —dijo Beth, mientras acariciaba la espesa melena que tenía apoyada en la rodilla con una mano que ni todos los platos sucios ni todo el polvo del mundo podían volver menos suave.

—En cuanto a ti, Amy —prosiguió Meg—, eres demasiado exigente y remilgada. Puede que ahora esos aires que te das resulten graciosos, pero si sigues así, de mayor serás más presumida que un pavo real. Me gustan tus modales y tu refinamiento al hablar, sobre todo cuando no intentas parecer elegante; pero tus palabras absurdas son tan terribles como las expresiones vulgares de Jo.

—Si Jo es muy masculina y Amy un pavo real, ¿yo qué soy, por favor? —preguntó Beth, dispuesta a compartir el sermón.

—Tú eres un amor y nada más —respondió Meg con calidez. Nadie la contradujo, porque aquella «ratoncita» era la mascota de la familia.